



Mohamed Chukri, fotografiado en su apartamento de Tánger en 2003. :: LUIS DE VEGA

Letras puras

Qué manía tienen algunos escritores con poner los estudios que cursaron en las solapas de sus libros. No digo que en algún caso estos estudios no sean significativos –que Ernesto Sábato fuese, por ejemplo, un físico que abandonó la física, lo es–, pero la mayoría de las veces no es más que un síntoma de la ‘titulitis’ imperante, esa creencia absurda de que haber estudiado –a poder ser en las mejores universidades posibles, dato que también se señala para dar lustre– hace más sólida o respetable la trayectoria del autor, como si la escritura tuviese algo que ver con el currículum, como si se avalara con la acumulación de licenciaturas, tesis o doctorados. A nadie se le escapa que buena parte de los mejores escritores siempre estuvieron alejados de la enseñanza reglada y del academicismo. En el interesante libro ‘Trabajos forzados’ de Daria Galateria se recogen algunos

ORTIGAS
A MANOS
LLENAS

SARA MESA



de ellos que no se educaron precisamente en la universidad, y de cuyo talento nadie duda: Maxim Gorki fue pinche de cocina con doce años; a los diez, Jack London repararía periódicos y a los quince trabajó de fogonero y cazador de focas; Bukowski abandonó sus estudios, trabajó en estaciones ferroviarias y después se fue a vivir a una barraca para dedicarse solamente a escribir.

Ahora que nos quejamos tanto de las dificultades del oficio, creo que no está de más recordar algunos de los casos más extremos: los de aquellos escritores de orígenes humildísimos, sin acceso a la educación y en algunos casos prácticamente analfabetos, que llegado el momento fueron capaces de desplegar un talento innato, potentísimo, puro, sin estropear por normas académicas, con una fuerza que no encontramos en esos otros autores que van de universidad en universidad y de beca en beca. Sucede esto

con la maravillosa ‘Memoria por correspondencia’ de Emma Reyes, un conjunto de cartas publicadas el pasado año por Libros del Asteroide que son un estremecedor testimonio de una época –la Colombia de primeros del XX– contado desde el punto de vista de una niña a la que se le arrebató todo. Reyes comenzó a escribir sus cartas al historiador Germán Arciniegas, y fue él quien le animó a continuar: en su manera de narrar, impulsiva e inocente, se condensa una sorprendente capacidad de exponer, con sencillez y sin tremendismos, una historia durísima de orfandad, pobreza, internados, explotación y abusos. En el convento de monjas donde pasó buena parte de su infancia, había que trabajar duro para ganarse el sustento: «El precio que pagábamos por salvar nuestras almas representaba para nosotros diez horas de trabajo al día (...) los oficios de castigo eran la cocina, lavar las enormes ollas de comida, lavar los tarros de la basura, lavar de rodillas los patios y los corredores, pero el peor de todos, que era reservado a las más indisciplinadas, era lavar los inodoros». Impresiona hacer cuentas y darse cuenta de que, en aquella época, Emma Reyes tenía sólo seis años; más tarde, el mismo García

Márquez quedaría fascinado por su escritura.

Otro caso escalofriante es el de la francesa Albertine Sarrazin, nacida en Argel en 1937, que fue entregada a la asistencia pública, adoptada más tarde por el mismo padre que la había abandonado, violada de niña, prostituida de adolescente; una buenísima estudiante que sólo pudo completar su formación en la cárcel, donde murió a los 30 años. Como Jean Genet, su rebeldía innata la llevó a escapar de todo intento de sujeción; alcoholismo y delincuencia marcaron su vida. Entre sus novelas, destaca la autobiográfica ‘El astrágalo’, en la que narra una de sus fugas de la cárcel, cuando al saltar un muro se rompió precisamente ese hueso del pie, quedando coja para siempre. Es un libro demoledor, doloroso y oscuro, sin concesiones; sin duda, Sarrazin llevaba dentro la semilla de la literatura.

«Buena parte de los mejores escritores siempre estuvieron alejados de la enseñanza reglada»

Pero hay una historia que me conmueve especialmente: la que relata Mohamed Chukri en ‘El pan a secas’, novela también autobiográfica de una infancia de miseria, violencia y humillaciones. Desde niño, Chukri mendigaba por las calles de Tánger, robaba lo que podía, pasaba hambre y miedo. No iba a la escuela, no sabía escribir. Cuando a los veinte años fue arrestado por vagabundear, tuvo una importante revelación: le faltaba la herramienta de la palabra escrita. Al firmar con el dedo los documentos de arresto, sintió sobre él, más que nunca, el peso de la desprotección y la injusticia. Había visto a un recluso escribir un poema en la pared, versos que hablaban del amor y de la vida. «Tienes suerte –le dijo con envidia–. Sabes leer y escribir». Su compañero le prometió que le enseñaría en cuanto salieran de allí. Y cumplió. Chukri aprendió con rapidez y furia, las mismas con las que escribió sus obras. Creía en la liberación de la escritura, «indecible, directa, sin rodeos, literatura que no se puede rumiar o tragar».

Estas letras tan puras no se enseñan en las universidades. Y aunque la educación es clave, no nos confundamos: la verdadera literatura no se mide con créditos.